

»Al alma que le busca sin desmayos  
en la excelsa, ideal contemplación;  
y al alma que le sigue valerosa  
con las alas de fuego del amor.

»¡Absoluta *Verdad*, *Bien* sin medida,  
*Belleza* inalterable, tal es Dios!  
Sí á la belleza aspiras, tiende el vuelo  
de tu libre creadora inspiración.

»Si amas el bien, realizalo en la tierra  
y alcanzarás los dones del Señor;  
si anhelas la verdad, ciencia sin velos  
ven, yo te iniciaré. ¡Soy la Oración!»

## LIBRO TERCERO

# CANTOS

DE

# OFELIA



## MI AMADO

---

### EVOCACIÓN

Despertad y surgid de mi espíritu,  
divinos recuerdos,  
como al rayo de sol se levantan  
del agua dormida dorados insectos.

Despertad y surgid de mi alma  
con vivo aleteo,  
y envolvedme cual niebla radiosa  
de polvo de nieve, de luna y de sueños.

¡Como aquella caliente oleada  
de aurora y de besos,  
de esperanzas, de amor y de músicas,  
que flota en la linde del mundo y del cielo!

Aún temblaba en mis labios de rosa  
de Dios el aliento;  
aún estaban del paso del alma  
rasgadas las nubes, los cielos abiertos.

Y de aquel rompimiento de gloria  
con orlas de fuego  
derramábase en líquidos oros  
la luz increada que llena los cielos.

El amor que de labios del Padre  
se exhala sin término  
y fecunda y calienta los mundos,  
la llama creadora que enciende los besos.

## II

Así en olas de luz anegado,  
en nubes envuelto,  
vino á mí con el ser, con el alma,  
este amor, esta gloria, este anhelo.

Escuchad la patética y vaga  
leyenda de un sueño;  
escuchad la leyenda de oro  
que desborda inefable del verso.

Para ver al amante divino  
que adoro en secreto,  
olvidad un instante la vida,  
evocad vuestro propio misterio.

## III

Yo te he visto del circo romano,  
 ruinoso y deshecho,  
 entre ingentes fragmentos de gradas  
 verdinosos, hendidos y negros,

como un hijo de Roma la augusta,  
 altivo y severo,  
 resbalar de su clámide blanca  
 en los clásicos pliegues envuelto.

Yo te he visto en la arena candente  
 desnudo y atlético,  
 combatir, como Jove, impasible,  
 con leones y tigres hambrientos.

Yo te he visto en el clásico Apolo,  
 de mármol pentélico,  
 respirar con la eterna belleza  
 que respira en los torsos helenos.

Yo te he visto en el bruto salvaje,  
 de pieles cubierto,  
 galopar por el Foro incendiado  
 sobre el polvo de un mundo deshecho.

Yo te he visto tendido en las crines  
 del potro agareno,  
 con el rayo de acero en la diestra,  
 y en los ojos el rayo del cielo,

conducir á las guerras de Oriente  
 mesnadas de siervos,  
 que llevaban el hierro en las manos,  
 y en el alma de Dios el aliento.

De la luna á los pálidos rayos  
 virgíneos y muertos,  
 ¡cuántas veces al pie de la ojiva  
 sorprendí tus amores secretos!

En la dama los ojos amantes,  
 al cinto el acero,  
 en las manos el arpa de oro,  
 y en el labio el audaz serventesio.

Trovador de las viejas leyendas,  
 amante y soberbio,  
 ¡cuántas veces nos hemos citado  
 en el mundo ideal de los sueños!

Y en la nave gigante y sombría  
 del gótico templo,  
 en el ángel de blanco alabastro  
 que custodia la paz de los muertos,

en el ángel de extáticos ojos  
 que miran al cielo,  
 ¡cuántas veces, soñado amor mío,  
 te adoré sollozando en secreto!

Y en el místico rayo de luna,  
 flotante y aéreo,  
 que á través de los altos cristales  
 se filtraba en mi blanco aposento;

y en la sombra fugaz que proyecta  
 la nube en su vuelo;  
 y en los lampos de luna que llueven  
 del ramaje movido del viento,

¡cuántas veces, dormida ó despierta,  
 te amé en el misterio,  
 oh ideal, que la forma tomabas  
 de lo grande, lo ignoto ó lo bello!

¡Tú eres, ¡ay!, el amor imposible  
 del loco y del genio,  
 la expresión que persigue el artista,  
 la quimera, la gloria, el ensueño!

¡Tú eres, ¡ay!, el amor de que vivo  
 y el mal de que muero;  
 tienes alas de eterna esperanza,  
 tienes garras de eterno deseo!



## CANTOS DE OFELIA

*La dulce Ofelia, la razón perdida,  
 cogiendo flores y cantando pasa.*

BÉCQUER.

### I

La triste Ofelia soy: me llaman loca  
 porque mi angustia á la razón invoca,  
 y al fin pierde la calma;  
 porque he sentido la acerada punta  
 del desencanto desgarrarme el alma;  
 ¡porque no hay quien responda á mi pregunta!

Siendo el amor la fuente de la vida,  
 ¿no será un crimen extinguir la fuente?...  
 Si el que asesina á un hijo es *flicida*,  
 el que mata un amor, ¿no es delincuente?

Si una mujer ardiente, apasionada,  
 cual lo son los querubens,  
 encuentra al fin la realidad soñada;  
 si encuentra al ser que imaginó en las nubes;  
 si bebe la demencia en su mirada,  
 y aquel amor, por su fatal estrella,  
 no es del ser adorado comprendido...,  
 ¿qué guardáis para ella?  
 ¿Qué le aconseja la razón?... ¿Olvido?

¿No habéis medido nunca esta palabra?  
 Cuantas divinas esperanzas labra  
 dentro del corazón el sentimiento,  
 todo un mundo de sueños realizado...,  
 ¿puede arrojarse al viento,  
 sin arrojar con él todo el pasado?...

Olvido es negación, abismo, nada,  
 y un alma que despierta apasionada,  
 con idólatra anhelo,  
 pone en el ser dulcísimo que adora

cuanto ve, cuanto siente, cuanto ignora,  
 su fe, su porvenir, ¡hasta su cielo!  
 ¡Amor, para ella, es Dios! ¡Borrad ahora!

Borrad, borrad de un alma inmaculada  
 los sueños, el amor, el idealismo,  
 que borráis á Dios mismo...,  
 y en aquella existencia destrozada  
 veréis surgir la realidad desnuda...  
 Lo que queda es más negro que la nada...  
 ¡Lo que queda es la duda!

## II

Si el pensamiento, cuando en sí no cabe,  
confunde en lo insondable su albedrío,  
¿culpáis al Oceano, siendo el río?  
¿Qué es la humana razón... ni quién lo sabe?

¿Y árbitros sois de la razón ajena,  
porque sois infinitos, los pequeños?...  
¡Los que tenéis la fuerza de la arena,  
sufrid las olas y el simún por dueños!...

La razón..., la razón..., ¡gentil palabra!  
¿Jamás ha de salvar el pensamiento  
la corrompida atmósfera que labra  
la humanidad dormida con su aliento?...

Mefítico vapor, órbita impura  
del pensamiento..., ¡inmensa nebulosa!...  
Si el genio hace la luz, ¿no es la locura  
la que enciende la chispa fulgorosa?...

.....

## III

¿No veis cuál brota rayos mi dolorida frente?...  
Mi faz esparce llamas, mi cráneo es transparente...  
¡Cómo su disco ensancha la inmensa claridad!...  
¿No veis?, yo tengo un nimbo, yo tengo una aureola,  
Mirad..., mirad cuál crece... ¿Por qué me dejáis sola?  
¿Y ese tropel de sombras será la humanidad?...

¿No veis? Ya soy un rayo, que vuela y se desprende;  
mirad, ya soy el disco de un astro que se enciende;  
ya he roto de las sombras el fúnebre capuz;  
¡ya para mí no hay noches, mis ojos las alumbran!  
¿Qué tienen mis miradas? ¿Os hieren, os deslumbran?...  
¿Sabéis por qué no duermo?... ¡Porque yo soy la luz!...

Las cuerdas de mi lira se vuelven rayos de oro;  
mis notas son de perlas raudal claro y sonoro;  
mis labios son de fuego, mis besos de arrebol...;  
mis sienes son dos alas..., ¡se escapa mi cabeza!...  
La tierra entre las sombras á sepultarse empieza.  
No..., no; es que yo me elevo... ¡Como que soy el sol!...

¿Por qué, mientras más subo, más descender deseo?  
 Soy sol, pero estoy ciega; soy luz, pero no veo...;  
 soy luminar que encierra la noche en su interior.  
 ¡Tal vez cuando era cuerpo los astros me envidiaban!  
 ¡Dentro de aquella sombra los soles se filtraban!...  
 ¡Memoria! ¿Qué fue aquello? ¿Fue por ventura amor?...



## QUEJAS DE LA PRISIÓN

(FRAGMENTO DE UN POEMA)

Como el poeta cruza la tierra entre desmayos,  
 del vértigo al hastío, su cítara de rayos  
 tiene preludios de ave y arpegios de aquilón.  
 ¿Quién siente lo infinito, del himno á la elegía?  
 ¿Quién es alma en las almas, quién más que la Poesía  
 es eco de las quejas de la mortal prisión?

Contra los duros hierros de reclusión odiada  
 la pálida cabeza doliente y desmayada,  
 cual flor marchita al soplo de un viento inmaterial,

clavando en mí los ojos, con voz sentida apenas:  
—Yo soy—me dijo—un loco—la fiebre con cadenas.  
¿Sabéis lo que es por cárcel tener un hospital?

En esta sombra mueren sin gloria los soldados,  
los seres sin familia, los hijos ignorados,  
las víctimas sin número del vicio y del amor;  
aquí se pierde en sombras el curso de la vida,  
cual onda de pantano que en cieno convertida  
se para ya por torpe, sin luz y sin rumor.

Monumental cloaca de la manchada Roma,  
donde jamás la torpe su altiva frente asoma  
por no mustiar en ella las rosas del placer,  
aquí se entierra al vivo con inconsciencia cínica,  
y al muerto se diseca sobre la losa clínica,  
queriendo en lo vacío lo arcaño sorprender.

—La ciencia—que es la duda—de la razón decide;  
sumando pulsaciones los sentimientos mide  
y á reclusión condena la enfermedad moral.  
¡Qué saben de lo arcano del alma esos doctores!  
¡Es pretender que el ciego defina los colores,  
llevar ante Pilatos al verbo celestial!

La juventud, guerrero que en su ideal cimera  
llevaba un grifo alado, llevaba la quimera,  
lo irrealizable, el lema eterno de toda aspiración,  
y hendida con el casco la ensoñadora frente  
vió de su propia sangre, tras la oleada hirviente,  
volar de su garzota las plumas de ilusión.

Quien entra aquí ya tiene la eternidad abierta:  
*Lasciati ogni speranza*, grabó sobre esa puerta  
con fuego del infierno la mano del dolor.  
Ya el sol de la existencia las frentes no ilumina.  
¡Qué pocos paralíticos de esta mortal piscina  
esperan, ¡ay!, que baje el Ángel del Señor!

Aquí penetran sólo penumbra y agonía;  
contra estos negros muros su antorcha apaga el día;  
quien salva estos umbrales puede decir que «fué».  
Soldado moribundo que sin honor se entrega,  
ya es sombra, cieno y duda lo que á este *impace* llega;  
el cuerpo ya sin vida, el alma ya sin fe.

El cuerpo es ya cadáver y el alma ya no alumbra,  
la duda con el barro se funde en la penumbra;  
y en la infinita sombra se anega el porvenir,

la vida se evapora y el cielo se ennegrece;  
 la tierra se difuma, la luz se desvanece...  
 —Después— ¡naufragio horrible!— se deja de existir.

Yo soy el pobre enfermo mortal del pensamiento,  
 mi fiebre que os aterra, mi fiebre es leve aumento  
 de esa que las poetas llamáis inspiración;  
 razón, tú eres la antorcha, yo chispa que se exhala;  
 tú, el águila que tiene para subir el ala;  
 tú, pobre ala, me tiembles; yo soy el aquilón.

Tú, débil ala inquieta, no culpes, ¡ay!, al viento;  
 yo soy también un ala, yo el mismo impulso siento;  
 la fuerza que te anima es alma de los dos.  
 ¡Qué sabes tú, que al Verbo culpaste de locura!  
 ¡Oh fuerzas de la idea, fuerzas de la natura;  
 volemós, somos alas y nuestro viento es Dios!

¡Poned mordaza al viento, cadenas al torrente!  
 Mi crimen es el crimen de la dormida fuente  
 que del florido lecho se deja arrebatar...  
 ¡Clavadla allí en la altura como á reptil de plata;  
 cuando le falte el suelo, clavad la catarata,  
 y así, no tengáis miedo de que se arroje al mar!

    Mi culpa es la del cielo que deja entrar la aurora.  
 ¿Sabéis por qué amanece? ¿Sabéis por qué se adora?  
 Decid los que sois cuerdos: ¿Hay para amar razón?  
 Mi sombra iba cesando, mi Oriente se encendía,  
 mi sol se aproximaba y el alma lo sentía...  
 ¡Surgió!... ¿Qué culpa tiene mi pobre corazón?



## RIMA

Sentado en lo más alto de los cielos,  
miraba Dios tras los zafireos velos,  
como en las ondas de impalpable mar,  
las infinitas fases de los soles  
de nácar, de topacio, de arboles...  
sin término girar.

Espectros de planetas formidables,  
multitudes de estrellas, innumbrables  
como plebe de mundos rebullir;  
constelaciones, máscaras etéreas  
y lunas como vírgenes sidéreas  
con nimbo de zafir.

En danzas parabólicas turnaban,  
y en torno de los astros que giraban  
desarrollaba la noche su capuz;  
pero, cuando de sombras se cubrían,  
otros astros radiosos que volvían  
les mandaban su luz.

Miradas encendidas, espectrales  
destellos de las fases siderales  
que las nubes velaban en su tul,  
miradas de los astros imponentes,  
que rayaban cual flechas refulgentes  
el infinito azul.

.....

Miraba Dios los astros impasible,  
cuando un ángel de faz indefinible  
de un mundo entre las sombras le mostró  
dos amantes que, ausentes, se adoraban  
y una oración y un beso se enviaban...  
¡y Dios se sonrió!



## APARICIÓN

Yo he visto un ángel pálido de inmaterial belleza  
que sobre el arpa de oro doblaba la cabeza,  
como azucena mustia de viva nitidez;  
apenas si escuchaba la voz de los querubes,  
dejando, imperturbable, rodar astros y nubes,  
cual desmayado en medio de tanta esplendidez.

Las lánguidas guedejas de sus cabellos de oro,  
de donde el sol naciente tomaba su tesoro,  
mezclábanse á las cuerdas del arpa celestial,  
y, á veces, conmovidas por invisible viento,  
de aquel beso de rayos formábase un lamento  
más dulce que el suspiro del auro matinal.

¡Señor!—dije á un arcángel de faz resplandeciente—,  
 ¿por qué su rostro inclina? ¿Por qué dobla la frente?  
 ¿Acaso es ese ángel el ángel del dolor?  
 Parece á un tiempo mismo la gloria y la agonía!—  
 Nublóse del arcángel la faz hecha del día,  
 y en voz que era un sollozo, me dijo: —¡Es el Amor!



## ANHELAR

Parad un punto la mortal carrera  
 que me despeña del abismo al fondo.  
 ¡Parad, por compasión, horas impías,  
 que voy dejando el alma en los abrojos!  
 ¡No os escapéis así de entre mis manos,  
 momentos de la vida que ambiciono!...  
 No te apagues, antorcha vacilante...  
 Olas del mar, no me arrastréis tan pronto...,  
 ¡que aún tengo yo en el alma todo un mundo!  
 ¡No, todo un caos, cuyo *fiat* ignoro!...